

riódicos, ha bastado para que un grabador hiciera su fortuna en estos últimos años, las cuatro Concepciones que posee nuestro Museo, y sobre todo, las dos de cuerpo entero, no van á la zaga, y así lo han reconocido de buen grado los extranjeros mismos. Solo que éstas no tienen historia maravillosa, ni ha contado su adquisición millones, sangre ni astucia; son la fruta de nuestro cercado; están bien colocadas, si, bajo el punto de vista de la iluminación, pero embutidas, tal es la palabra, entre cinco ó seis obras maestras que solicitan á porfía la contemplación de los espectadores. Una de ellas, la situada á la derecha de la magnífica *Aparición á San Bernardo*, de Murillo también, es de tipo moreno y tiene las manos juntas. La de la izquierda es rubia, con la cabellera y el manto flotantes, la cabeza inclinada hácia atrás, en éxtasis el rayo azul de su mirada, y las bellísimas manos cruzadas sobre el pecho. La adora y sostiene á la vez un coro de ángeles, sabrio por su número, en una agrupación llena de vida. La luz del cuadro es resplandeciente y dulce; sin haberla visto se presenta que tal es la luz del cielo. Los ángeles que flotan en esa luz y en ese ambiente como en su propio elemento, sostienen blancas azucenas de pureza, encendidas rosas de hermosura, flexibles palmas de globutos de la reina á quien adoran. Como se ha hecho ese cuadro, imposible adivinarlo. Las actitudes de las figuras no son violentas, y, sin embargo, el modelo vivo no hubiera podido resistirlas en reposo. Es que el artista estaba connaturalizado con su arte, y el cuadro vivía todo él en su espíritu, y de allí lo copió, que no de la naturaleza. Tendrán los críticos razón en conceder el primer lugar á la imagen de la derecha, que expresa, es cierto, una ingenuidad cándida y confiada; pero no somos tampoco los primeros á quienes la otra entusiasme y seduzca más.

Estaba reservado á Murillo para su completa glorificación ser mártir del arte que cultivaba. Pues, habiendo ajustado con los capuchinos de Cádiz un lienzo grande y cuatro pequeños, mediante 900 pesos, y habiendo recibido 300 de anticipo, fué á cumplir su cometido. Trabajaba un día en el lienzo grande, que representaba los *Desposorios de Santa Catalina*, y tuvo la desgracia de precipitarse desde el andamio. Trasladado á Sevilla el 3 de abril de 1682 conoció que se moría. Mandó llamar para otorgar testamento á un escribano que se presentó á eso de las tres de la tarde. Dictando sus disposiciones y después de haber formulado la instrucción de heredero, como el escribano le preguntase si había hecho otros

testamentos, Murillo no contestó, pues era ya cadáver.

Su incompleto testamento revela que la posición de Murillo era desahogada y que poseía algunas tierras y olivares. Del mismo documento consta también que había entregado poco antes dos cuadros pequeños ajustados en 30 pesos; un lienzo de Santa Catalina mártir, ajustado en 32, y otro para un tejedor que le había dado á cuenta cuatro varas de raso.

Murillo fué enterrado en la capilla del Descendimiento de la iglesia de Santa Cruz, en una sepultura que ya contenía otros cuerpos. Durante la guerra de la independencia, el templo fué derribado, abierta la sepultura por los invasores que, no satisfechos todavía con las obras, querían apoderarse también del cuerpo del autor... pero hallaron un confuso montón de cenizas, parte hoy de la tierra que se pisa.

A su memoria se ha elevado un recuerdo en Sevilla y otro en Madrid, ambos modestos en comparación con la grandeza del genio á que se dedican, pero esto importa poco, tratándose de quien en cada obra que salió de sus pinceladas, supo elevarse un imperecedero monumento de gloria.

ILIRIO GUIMERA.

LA CASA DEL ROMEU

(LLEGENDA)

Vora mateix del Llobregat y en mitx d' una estesa planura hi havia anys enrera una rica pagesia molt anomenada per aquells voltana. La casa era tota de pedra ben tallada y tenia cert especte de castell que la feya distingir de las vehines. Las terras del voltant, que s' extenian fins á perdres de viste, estavan tan conresadas que al primer cop d' ull se conexía que 'l pagés no s' estava pas plegat de mans. Així es com podia arreconar cada any un bon grapat de doples de quatre que en no venint un temps molt apurat, may més haviam de veurer la claror, perque 'l pages tant com tenia de rich tenia d'avar. Aixó feya que ab tot y qu' ell se tenia per bon cristiá, hauria comportat que un home s' hagués mort de fam avans de donarli un rosegó. La gent li deya «l' hereu *Rata*,» y alguns no l' anomenavan d' altre manera que l' *escanya pobres*, y pera justificar aquesta motiu vos haurian contat cent cassos en que s' havia fet coneixer per sa poca caritat.

Una vegada l' hereu *Rata* entrava á casa seva tot rondinant y ab mala cara, deixant anar